

El presidente de la República francesa en España

NUEVA LUZ

El presidente de la República francesa y los personajes todos de su séquito se muestran satisfechísimos del recibimiento que el pueblo de Madrid les hizo ayer y de los actos palatinos, en que tuvieron nueva demostración las simpatías de España hacia la nación vecina.

Los españoles, por nuestra parte, podemos también sentir íntima satisfacción, y ha en bien los consejeros de la Corona, y singularmente el señor conde de Romanones, en expresar cálidamente esa satisfacción.

Frete a ella no puede alzarse ningún recelo: ayer mismo los discursos, perfectamente patrióticos y concretos, de S. M. el Rey y de M. Poincaré desvanecieron lo que algunos juzgaban nebulosidades: tuvieron suficiente claridad y definieron perfectamente la situación actual y la orientación para las situaciones futuras.

Tiene esa orientación una ventaja indiscutible, que en los discursos resultó admirablemente patentizada; es lógica: España no se une a Francia caprichosamente, por veleidad momentánea; tiene con la vecina república una acción común que realizar, y lógica, naturalmente, ha de colaborar en esa acción.

Aparte esa necesidad lógica, imperativa, naturalmente, entre Francia y España han de existir también, por fatal ley de herencia y de educación, sentimientos de afecto íntimo y cordial, que aromaron los brindis de Su Majestad el Rey y del presidente de la República francesa: esos sentimientos harán más fácil, más provechosa la colaboración constante que los asuntos de Marruecos demandan; por eso cuanto tienda a fortalecerlos, a estrechar la intimidad entre las dos naciones, tenderá, consiguientemente, a facilitar nuestra acción en África y contribuirá asimismo a que esa acción sea más eficaz.

No hay, pues, nada obscuro, nada nebuloso en la aproximación hispano-francesa que estamos presenciando; hay, en cambio, luz de una aurora nueva, anuncio de un porvenir mejor: por eso españoles y franceses tenemos motivos para felicitarnos de la cordialidad de afectos que la visita de M. Poincaré está poniendo de manifiesto.

BANQUETE Y RECEPCIÓN EN PALACIO

Conforme a cuanto anoche decíamos se celebró el banquete de gala en Palacio en honor de M. Poincaré, con la brillantez propia de la Real Casa.

Brindis del Rey.

S. M. el Rey leyó en francés el brindis siguiente: «Señor presidente: Me considero dichoso al atestiguaros toda la alegría que siento en esta ocasión, en que tengo el honor de expresar os el profundo reconocimiento con que recuerdo mis visitas a Francia.

Os recuerdo que vivís en la entusiasta acogida que la villa de Madrid acaba de dispensaros una elocuente y sincera manifestación de las simpatías del pueblo español para vos y para vuestra patria, pues ha saludado en vos, al propio tiempo que la rectitud y las cualidades eminentes del hombre, el pasado espléndido y el presente glorioso de la nación vecina y amiga.

A la hora en que España y Francia se consagran a una labor común de civilización, aliente el estrecho el acuerdo de ambas está ya hecho en los espíritus y en los corazones, y los nobles esfuerzos para armonizar las energías de las dos naciones son al mismo tiempo el impulso de las almas y la consecuencia de una necesidad irresistible de lógica que lleva a asegurar la solidaridad de nuestros intereses en una colaboración fecunda.

No se borrará de mi memoria el recuerdo de vuestra visita, porque descubro en ella una prenda preciosa para un porvenir de intimidad y de buena inteligencia, cada vez más cordial, entre España y Francia, a la cual dirijo ahora mi saludo de amistad y de profunda admiración.

Os deseo la bienvenida y levanto la copa en vuestro honor; bebo por la prosperidad de Francia.»

Brindis de M. Poincaré.

La banda de Alabarderos ejecutó la Marcha Real, y una vez terminados los últimos acordes el presidente de la República, puesto también en pie, pronunció el siguiente discurso: «Señor: Estoy profundamente conmovido por la acogida que me ha dispensado hoy V. M. y por la elocuente simpatía que el noble pueblo español tributa al representante de Francia.

Cada vez que V. M. se ha dignado ir a mi país, y especialmente en estos últimos meses, cuando tuvo la amabilidad de visitarme en París, mis compatriotas y yo han hecho ver con sus unánimes aclamaciones

el fervor de los sentimientos que les inspira vuestra gentileza, vuestra bravura y vuestra caballerosa lealtad.

Roncedieron en V. M. al amigo de siempre, y compadidos el saber que se hallaban suprimidas por el reciente Tratado de las causas de desacuerdo entre las dos naciones, se han apresurado a dejarse llevar sin ninguna reserva por naturales inclinaciones, demostrando la gran admiración que sienten por la valiente y gloriosa España y proclamando su voluntad de desbordar de estrechar entre ella y Francia los vínculos de una amistad tradicional.

El pueblo español me demuestra a su vez con manifestaciones conmovedoras que siente el mismo impulso del corazón y la fuerza incontestable del interés común.

La clarificación de la opinión pública ha hecho de las tareas de los Gobiernos. Todo nos permite ahora mirar con confianza el porvenir de buena fe y de intimidad de que habla V. M.: nuestras afinidades hereditarias, la intimidad de nuestra civilización y de nuestra cultura, el parentesco de nos tras hermanas lenguas latinas, la solidaridad de nos tras empresas marroquíes, la necesidad de desenvolver nuestras relaciones económicas, nuestro común amor a la paz universal.

Será para mí una dicha y un honor que mi visita pueda contribuir a hacer todavía más estrecha y más fecunda la unión de los dos pueblos.

Levanto mi copa en honor de V. M., de S. M. la Reina, de S. M. la Reina María Cristina, de S. A. R. el príncipe de Asturias y de la Familia Real; bebo por la grandeza y la prosperidad de España.»

La recepción.

Después del banquete tuvo lugar la recepción, que resultó brillantísima.

Aunque las invitaciones se limitaron y no fueron tan numerosas como otras veces, asistieron representaciones de lo más saliente de nuestra sociedad.

S. M. la Reina D.^a Victoria vestía elegante traje de raso blanco, orlado de piel de zorro, sobre el que caía otra falda, también blanca, brochada de oro; usaba magníficos diademas de brillantes y collar de las mismas piedras.

De negro *tailleur* era la toilette de Su Majestad la Reina D.^a María Cristina, que ostentaba también diadema y collar de brillantes, cruzando su pecho ancha banda roja de la Legión de Honor, distinción que tienen muy pocas soberanas.

Después iban las infantas D.^{as} Isabel y D.^a Luisa y los infantes D. Fernando, don Carlos y D. Alfonso, éstos con sus respectivos uniformes militares de gala.

A continuación de las Reales personas, los jefes superiores de Palacio, marqués de la Torrejilla y de Viana y duque de Santo Mauro; el grande de España de guardia con el Rey, duque de Béjar; la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos; las damas de guardia condesas de Marqués y de Aguilera, conde de Rianza, duquesa del Saler y duquesa de la Victoria, y las damas particulares de las Reinas e infantas, señoritas de Heredia y de Silva, condesa de Mirasol, señorita de Bortrán de Lis y marquesa de Aguilera-Real.

Iban también: el embajador de Francia y la bella y elegante Mme. Geoffroy, que vestía precioso traje malva; el conde de la Embajada y Mme. Viñedo, con elegante traje en que se combinaban los colores blanco y negro; la viuda de la condesa de Mirasol, y Mme. Ti Lyon, esposa del agregado militar, también de blanco, y ambas muy di tintadas y elegantes.

El elemento oficial que iba con la Corte estaba representado por el presidente del Consejo y todos los ministros; la condesa de Romanones, elegantísima con traje de terciopelo color rosa, collar de perlas y diadema de brillantes, y las distinguidas señoras de Suárez Inclán, con elegante *tailleur* negro y joyas de brillantes; de Ruiz Jiménez, de López Muñoz y de Gimeno.

Entre los concurrentes figuraban: el presidente del Congreso, Sr. Villanueva; los Sres. Maura, Dato, García Prieto, Burrell, Arias de Miranda, Torres (D. Emilio), Aura Bonnat, Bejarano, Cantos, Pulido, Bretón (D. Tomás), obispo de León, Canal, Rolland, Agre, Quinones de León, Canal, Rolland, Deschamps, Estelát, Méndez Alanis, Guillón, López Ballesteros, Llanos y Torriglia, Prast, Ortúzar, Arias de Miranda (hijo), Abaytúa, Argente, Carracedo, Bullón, Martínez Campos, Botaferr (D. V.), Herrores de Tejada, Aguilera (D. Alberto), Cortezo, Alcalá-Zamora, Aragón, Soldevilla, Arranz, Cuacna (D. Carlos Luis de), Buendía, etc., etc.

Duquesa de la Victoria, dama de guardia con S. A. la infanta D.^a Luisa; marquesa de Valdeolmos, Conillas, Santa Cristina, Saler, de guardia con S. M. la Reina D.^a Victoria; Squilache; condesas de la Corzana, de guardia con S. A. la infanta D.^a Beatriz; Aguilera de Inestillas, de guardia con S. A. la infanta D.^a Isabel; Maqueda, de guardia con S. M. la Reina doña María Cristina, y otras muchas.

Duques de Tamames, Baena, Béjar, grande de España de guardia con S. M. el Rey; San Pedro de Galisteo, Montellán, Gorb, Bivona, Conquista, Victoria, Vistahermosa, Frias y Alburquerque; marqués de Velada, Santa Cristina, Saler, Miravalles, Sanja Cruz, Peñafiel, Hoyos, Rafal, de guardia con S. M. la Reina D.^a María Cristina; Soala, Centa, Valdeiglesias, Mesa de Asta, Astaré, Villa-Urrutia, Portago, condes de Asta, Somonelos y Távora; Vega Inclán, Mortera, Heredia-Spinola, Aguilera de Inestillas, Bilbao, Torre-Artiles; vizcondes de la Alborada; barón del Castillo de Chirel; generales Bazán, Sáenz de Buruaga, Altaguerra, Bayar, Contreras, Miláns del Bosch, Garrido, Moíns y Villar y Villate; M. Geoffroy, Mr. D. J. Eunsen, ministros de Suiza, Japon, Rumania y Estados Unidos, Mr. Mortier.

Los embajadores en París y Viena, marqués de Villa Urrutia y de Herrera. D. Carlos Prast, presidente de la Cámara de Comercio, y los representantes del

Círculo de la Unión Mercantil, Sres. D. Antonio Esobar, D. Manuel Aleixandre y D. Emilio Zurano.

El director general del Tesoro, D. Eduardo Ródenas.

Los mayores domos de semana marqueses de Laurencia y Santo Domingo, condes de Artaza, Unión, Clavijo y Sres. Traveso, Avial, Vázquez, Careaga, Sanjuanera, Ortega Morón, Creus, Vargas, Loriga, Rolland, Lastra, Garvey y Postead.

Numerosa y brillante representación del Ejército, con el capitán general de Madrid y muchos generales y oficiales; el conde de Campoo-Real, primogénito de los duques de Najera; el gentilhombre de S. M. señor Quinones de León, el conde de Valmaseda, el ministro de Justicia belga, el coronel Behagüe, el director del Crédit Lyonnais, M. Michaud; el vizconde de la Alborada, el conde de Heredia-Spinola, el ex embajador Sr. Castro y Casalé, el marqués de Yrujo Inclán, el ex concejal Sr. Mazzantini y muchos más.

A las once se retiraron a sus habitaciones las Reales personas y el presidente de la República francesa, después de haber conversado con cuantas personalidades hallaron a su paso.

En la galería se sirvió espléndido *buffet*, y en uno de los salones el maestro Guorvós dirigió la orquesta con su habitual maestría.

El Sr. Azcarate en la recepción de Palacio.

La nota más saliente de la recepción de anoche en Palacio fué la presencia en el regimiento de D. Gumersindo Azcarate. He aquí cómo cuenta *El Imparcial* la presencia en Palacio del ilustre hombre público:

«El Rey D. Alfonso XIII, espíritu abierto a todas las manifestaciones del progreso, gusta de cultivar el trato de cuentas por su hechos o por sus escritos, en un momento de la Patria; no lea pregunta su filiación política: basta con su honradez y su talento. Así pudo darse anoche un caso inusitado, que marcó época en las fiestas palatinas y constituyó timbre de gloria para el Rey D. Alfonso: la presencia en Palacio del ilustre republicano D. Gumersindo Azcarate; su noble figura, que vestía con distinción el traje de *duques*, destacaba entre un grupo de personajes políticos, y fué un momento verdaderamente solemne, inolvidable, cuando el Rey de España, vistiendo el uniforme de jefe supremo del Ejército y cruzando el pecho con la roba blanca de la Legión de Honor, se presentó en los salones llevando a su lado al presidente de la República francesa, que vestía de frac y ostentaba también la banda roja, y deteniéndose ante el político integrista, que honra por sus talentos a la Patria, hizo la presentación del republicano español a M. Poincaré. La noble cabeza de Azcarate se inclinó un momento, respetuosa, y las miradas de los dos eminentes hombres de Estado se estrecharon.»

No pasó más; siguió el Rey con el presidente su paso por los salones, y allí quedó el director del Instituto de Reformas Sociales; completado el Monarca por haber presentado a su ilustre huésped una de las eminencias más preclaras de la intelectualidad española, y satisfecho Azcarate de haber rendido su tributo de simpatía al jefe de la nación hermana, sin que para realizar su acto un noble, al par que tan sencillo, hubiera tenido necesidad de abjurar de sus ideales.

Que lo cortés no quita lo valiente. Eran las diez de la noche, y ya estaban entonces llenos los salones, cuando las personas Reales, seguidas de los invitados al banquete y precedidas de los gentileshombres, mayores domos de semana y grandes de España, hicieron su entrada en los salones de la recepción.

Después del Rey y del presidente hicieron su entrada las Reinas y los infantes, seguidos de los jefes de Palacio y de la alta servidumbre de guardia, así como el personal de la Embajada francesa.

El ministro de la Gobernación, hablando con los periodistas, de madrugada, de la presencia del Sr. Azcarate en Palacio se expresó en la siguiente forma:

«Cada vez ha concurrido el ilustre diputado republicano—dijo el Sr. Alba—por su carácter de presidente del Instituto de Reformas Sociales, el Gobierno estima la presencia de D. Gumersindo Azcarate como un hecho de singular importancia, por tratarse de una de las personalidades de más relieve de nuestro país, política e intelectualmente.»

A ninguna otra recepción—agregó el señor Alba—había asistido hasta ahora el respetable hombre público, que conversó durante algunos momentos con M. Poincaré y el Rey, los cuales le hicieron objeto de señaladas demostraciones de afecto.»

Impresiones.

Los ministros se mostraban muy satisfechos de los actos verificadas ayer en honor de M. Poincaré y que constituyeron la primera jornada de la estancia en Madrid del presidente de la República francesa.

Por su parte, M. Poincaré, en sus conversaciones con los individuos del Gobierno ha expresado su grata impresión, mostrándose altamente satisfecho del recibimiento que se le ha tributado y dedicado elogios a la brillantez del desfile que se verificó por delante del Real Palacio.

Salida de Madrid.

Como se había anunciado, hoy hicieron M. Poincaré y el Rey su anunciada excursión a Toledo.

El tiempo favoreció la excursión, pues no ha podido estar el día más hermoso, y el Sol lució con todo esplendor desde las primeras horas de la mañana.

Esta misma hermosura del día hizo que

desde bien temprano los madrilleros salieran a la calle e invadieran la plaza de Oriente y calles del trayecto, para presenciar el paso de la comitiva desde el Palacio Real a la estación del Mediodía, donde se hallaba preparado el tren especial que había de conducir a Toledo a los excursionistas.

En el zaguán de Palacio esperaban cinco automóviles de la Real Casa, que habían de trasladar a la estación a los excursionistas.

A las nueve menos diez abandonó sus habitaciones M. Poincaré, vestido de levita, luciendo en el ojal las insignias de la Legión de Honor, y se unió con el Rey, que vestía uniforme de Infantería.

Los dos jefes de Estado descendieron y ocuparon un automóvil.

En el segundo tomaron asiento M. Pichon, el jefe del Protocolo, M. Mollard, y los marqueses de la Torrejilla y Viana.

En el tercero iban los Sres. Martín, marqués de Valtierra, conde del Grove y el general Beaumontoulin.

El cuarto automóvil iba ocupado por M. Villet, el barón de Casa-Davallillos, M. Pillon y el teniente de navío Sr. Narviz.

El último conducía a MM. Poignon y Boulanger y los Sres. Ferraz y Rivas.

Al salir la comitiva de Palacio el público aclamó entusiásticamente a M. Poincaré y a S. M., y estas muestras de simpatía se repitieron en todo el trayecto hasta la estación de Atocha.

En esta esperaba el conde de Romanones y el ministro de Estado, jefes de Palacio, presidentes de las Asociaciones Francófilas de Madrid, concejales franceses y representantes del comercio y de la industria de las dos naciones.

En tren salió a las nueve en punto. También marcharon a Toledo, invitados especialmente por la Asociación de la Prensa, los periodistas franceses que se encuentran en Madrid con ocasión del viaje del presidente de la República.

DE TOLEDO

(POR TELEGRAMA)

DE NUESTRO REDACTOR SR. LÓPEZ DE ROZAS

Día hermoso.—Gran animación.—Los adornos de la estación.—En la ciudad.—Arcos y colgaduras.—Afluencia de viajeros.

Toledo 8.—Después de una noche de lluvia torrencial amaneció un día hermoso, verdaderamente estival, de cielo azul y sol espléndido.

En la población la animación es extraordinaria. En Zocodover y en las calles por donde ha de pasar la regia comitiva circula un gentío inmenso.

En muchos balcones aparecen colgaduras. La estación se halla vistosamente engalanada con escudos y banderas francesas y españolas, flor y follaje.

Desde el punto en que ha de detenerse el tren real hasta la sala de espera que atraviesará S. M. el Rey y M. Poincaré se extiende una magnífica alfombra.

La sala de espera se ha adornado con preciosos tapices de la Real Fábrica representando asuntos mitológicos, y mœtats.

En el vestíbulo hay colgaduras rojas, con las armas de España.

A la salida de la estación se ha levantado un triple arco adornado con la inscripción «La Real Fábrica Agrícola y Asociaciones de defensores de los intereses de Toledo, a sus egregios huéspedes.»

La carrera desde la estación al puente de Alcántara está adornada con galardones, banderas y escudos de las dos naciones.

En la explanada que se extiende desde el arco del puente de Alcántara, al pie de las antiguas murallas, levántase una tribuna, a la que se situarán 30 bellas señoritas de la buena sociedad toledana, tocadas con la clásica mantilla blanca.

En Barriovieco se alza un arco de medio punto, estilo moderno, construido a expensas del Ayuntamiento.

En San Salvador se levanta otro, construido por la Diputación, de estilo gótico, y en la Cuesta del Alcázar, y también construido por la Diputación, se levanta otro, de estilo árabe.

La Real Fábrica de Armas ha adornado la fachada de su dependiente de la calle del Comercio con grandes lienzos de los colores franceses y con un escudo nacional de gran tamaño en el centro.

La puerta de los Reyes, de la Catedral, ostenta antiquísimos tapices, de un mérito artístico enorme y de un valor incalculable, propiedad de la misma, que ocultan por completo los andamiajes de las obras de restauración que se están realizando.

A las diez y cuarenta minutos llegó el tren real.

La locomotora estaba adornada con banderas y escudos franceses y españoles.

Una compañía de alumnos de la Academia de Infantería, con bandera y música, rindió a los augustos viajeros los honores de ordenanza, mientras el público tributaba una entusiasta ovación al Rey y al presidente.

Después de los saludos de rigor, S. M. el Rey y el presidente revisaron la compañía de alumnos, que se desplegó, y en seguida pasaron a la sala de espera, donde examinaron el proyecto de la nueva estación, del que hicieron grandes elogios.

Desde la sala de espera se trasladaron al vestíbulo, donde se verificaron las presentaciones de rubrica, y en seguida ocuparon los automóviles, casi todos de Guerra, que llegaron ayer, al mando de un capitán de Ingenieros.

En el primer automóvil iban el Rey y M. Poincaré. Detrás, en otros nueve, los infantes D. Fernando, D. Alfonso y D. Carlos, MM. Pichon, Mollard, Marja, Vellét y el resto del séquito.

Fuera de éste iban el presidente del Consejo, el ministro de Estado, el general Liautay con sus ayudantes, MM. Pellet y Benedic, el marqués de Villa-Urrutia, el capitán general, Sr. Bazán, y otras personalidades.

En el puente de Alcántara.—Bienvenida del alcalde.—Brillante recibimiento.

La comitiva se dirigió al puente de Alcántara, donde esperaba el Ayuntamiento en corporación, con mœtats.

El alcalde de Toledo, D. Félix Ledesma, pronunció breves y elocuentes frases de bienvenida, concluyendo con vivas a Francia y España, el Rey y Poincaré.

M. Poincaré entregó al alcalde las insignias de la Legión de Honor.

El alcalde se incorporó a la comitiva. Al pasar ésta por delante de la tribuna que ocupaban las señoritas cayó un diluvio de flores, mientras resonaban entusiastas vítores y las bellas damas toledanas saludaban agitando sus pañuelos.

Seguio su marcha la comitiva por las afueras, pasando por delante de la Puerta del Sol, la Iglesia de Santiago, del Arrabal, la puerta nueva de B. segura y a antigua del mismo nombre, y dirigiéndose a la Fábrica de Armas, que se encontraba muy adornada.

En la Fábrica de Armas.—Visitas a la Sinagoga, el museo del Greco, Santo Tomás y la Catedral.

Allí esperaban a los egregios visitantes la oficialidad del Cuerpo de Artillería, directores técnicos de la misma, siendo obsequiado M. Poincaré con el cuchillo de monte y la espada, imitación de las del siglo XVII, de que ya hemos dado noticia.

También fueron entregados los demás regalos preparados para M. Poincaré y las personas del séquito del presidente.

Este y S. M. el Rey visitaron todas las dependencias de la fábrica, siendo aclamados por los obreros.

Desde la Fábrica de Armas el cortejo, siempre por las afueras, siguió, atravesando la puerta del Cambrón, a San Juan de los Reyes; allí M. Poincaré visitó el templo y los claustros.

De aquí fué a la Sinagoga del Tránsito, donde se han hecho recientes descubrimientos, gracias a las iniciativas de S. M., y desde allí a la Casa y Museo del Greco.

Allí, el marqués de la Vega Inclán, comisario regio de Turismo, entregó a monseñor Poincaré un lujoso álbum, con encuadernación antigua, conteniendo 12 coloridas reproducciones de los mejores cuadros del Museo del Prado y vistas de Toledo.

Visitaron después el Rey y el presidente la Iglesia de Santo Tomás, contemplando en ella el cuadro famoso del entierro del conde de Orgaz; y por la plaza de San Salvador y las calles de la Trinidad y del Arco de Palacio fué la comitiva a la Catedral, entrando por la puerta de los Reyes.

Azardaba a los ilustres visitantes el oscilíbulo en pleno.

S. M. y M. Poincaré visitaron las sacristías, donde hay cuadros del Greco; el «Ochavos», de tesoro con joyas, entre ellas el magnífico manto, bordado en pedrería, de la Virgen del Sagrario; la capilla mozárabe, etc., y saliendo por la misma puerta de los Reyes.

Salida de la Catedral.—Al Alcázar. Banquete.—Ejercicios de los alumnos.

A la salida de la Catedral acompañó el cabildo a S. M. y al presidente de la República francesa hasta la puerta del templo. Era la una menos cuarto.

Fuera de la iglesia estaban formados los exploradores, que dieron entusiásticos vivas a Francia y a España.

La comitiva encaminóse al Alcázar por la calle del Comercio y la plaza de Zocodover. El Rey y M. Poincaré fueron calorosamente obsequiados durante el trayecto por la multitud que se apiñaba en las aceras.

Derecha de S. M. el Rey: infante D. Fernando, conde de Romanones, M. Mollard, M. Martin, coronel Pellet, M. Viñedo, presidente del Consejo general del Seno; el diplomático Sr. Ferraz, M. Thieux, monseñor Willet vicepresidente de la Comisión de Monumentos, Sr. Morano Abelló.

Izquierda: I fante D. Carlos, ministro de Estado, Sr. López Muñoz; generales Ozezo, Aznar y Bazán; Sr. Méndez Alarcá, M. Tillyon, gobernador civil y coronel Hermandad.

Detacha de M. Poincaré: M. Pichon, general Liautay, M. Bourdoulouin, M. Boulanger, marqués de Valtierra, el presidente del Consejo municipal de París, el obispo auxiliar de Toledo, barón d'Harlay, presidente de la Diputación provincial, M. Benedic, Sr. Quinones de León, y duque de la Victoria.

Izquierda: M. Geoffroy, marqués de la Torrejilla, marqués de Viana, Sr. Villa-Urrutia, M. Penelon, M. Viennic, alcalde, gobernador militar, Sr. Pognon, marqués de la Vega Inclán y don Mesa de Asta, coronel de la Academia, Sr. Martín Arzu.

La mesa estaba artísticamente adornada con flores naturales.

Durante la comida la banda de la Academia ejecutó un ascegado cuarteto.

No hubo brindis.

Después del *brunet*, el Rey, M. Poincaré y sus respectivos séquitos visitaron las dependencias del Alcázar, haciendo de ellas grandes elogios.

En la explanada oriental los alumnos realizaron ejercicios de conjunto en orden cerrado y movimientos de gimnasia suelta.

El Rey ordenó algunos ejercicios al batallón de novatos y a la compañía de alumnos de tercer año.

La sección especial de gimnasia hizo algunos ejercicios muy arriesgados, entre ellos varios saltos difíciles, merced a los elogios de M. Poincaré y del general Liautay, quienes felicitaron al coronel de la Academia.

Otra vez a la estación.—Salida de Toledo.—Más aclamaciones.—El general Liautay.

Los alumnos desfilaron, por último, en columna de honor, y se embarcaron en el ferrocarril a la estación por la plaza de Zocodover, dando una gran ovación prorumpiente en entusiastas ovaciones.

A la hora señalada salió el tren real para Madrid.

Numeroso público ovacionó constantemente al Rey y a M. Poincaré.

En la estación se encontraban todos los caudatos de la Academia.

Un piquete de la misma rindió honores. El general Liautay, que no alcanzó el tron real, hubo de salir para Madrid en automóvil.

Otros detalles.

Durante el viaje de Madrid a Toledo, M. Poincaré, el conde de Romanones, monseñor Pichon, el Sr. López Muñoz y el general Liautay conferenciaron extensamente, tomando parte el Rey por momentos en la conversación, retirándose luego a conversar en otro salón con los militares franceses.

Al llegar el tron regio el avisor Adaro se elevó con su monoplano a considerable altura, realizando vuelos encima de la estación.

El Ayuntamiento recibió a M. Poincaré llevando el pendón de Toledo.

«El *Exco Toledano* ha publicado un número extraordinario consagrado a la visita de M. Poincaré. El marqués de la Vega Inclán, en la estación, entregó ejemplares de ese número al Rey y al presidente de la República.

Banquete de periodistas.

Toledo 8.—En el Hotel Castilla celebróse a la una de la tarde un banquete en el que la Asociación de la Prensa de Madrid obsequió a los periodistas extranjeros.

Durante la comida reinó la mayor cordialidad, pronunciando el Sr. Ramírez Elomb y por el enviado de *Le Journal*.

LÓPEZ DE ROZAS.

Regreso a Madrid

A las seis y veinte llegaron a Madrid de regreso de Toledo M. Poincaré, S. M. el Rey y los demás expedicionarios.

El presidente de la República francesa y el Monarca se dirigieron desde la estación a Palacio.

El alcalde y los concejales de París

Visita a los Museos y a la Armería Real.

Esta mañana, a las diez, han estado los concejales de París, acompañados de los madrilleros Sres. Píera y Bellido, en el Museo de Pinturas del paseo del Prado.

Cuanto se diga de la entusiasta admiración que nuestras obras de arte han despertado en los ediles franceses resultará pálido ante la realidad.

La exhibición de color y de forma de Velázquez, la gracia infinita de los tipos de Goya, sobre todo, impresionaron profundamente a nuestros visitantes, que no cesaban de prorrumir en sinceras frases de elogio, frases que no fueron tan vehementes, acaso por falta de simpatía espiritual con sus autores, delante de los cuadros de los grandes maestros místicos, como Rivera, Murillo...

Tuvimos ocasión de hablar con varios de los concejales de París, y oímos de sus labios palabras de verdadero entusiasmo hacia la maravillosa colección de cuadros de nuestro Museo del Prado.

A las once y media marcharon los concejales parisienses y madrilleros a la Armería Real, para cuyo tesoro tuvieron también grandes alabanzas.

Avanzando

simplicia por parte de los representantes del pueblo de París.

Comida íntima.

Esta tarde se ha celebrado una comida íntima en el Ideal Room en honor de los representantes del Ayuntamiento de París.

Excursión a El Pardo.

Después de la comida salieron los invitados, en automóvil, hacia El Pardo, acompañados del alcalde de Madrid, Sr. Vintoceros.

LA DELEGACION COMERCIAL FRANCESA

Banquete del Circolo Mercantil.

A las ocho de anoche, en el Hotel Ritz, se celebró el banquete ofrecido por el Circolo de la Unión Mercantil a la Delegación del comercio, la industria y la agricultura de Francia.

En el fondo del comedor, y entre adornos de flores artificiales, con los colores de las banderas francesa y española, se destacaban en grandes letras una inscripción con la siguiente dedicatoria: «El Circolo de la Unión Mercantil a la Delegación del comercio, la industria y la agricultura de Francia».

En la mesa presidencial tomaron asiento los Sres. Zurano, presidente del Circolo; Argente, subsecretario de la Presidencia del Consejo; M. Corbellier, vicepresidente del Consejo municipal de París; M. Barbier, vicepresidente de la Delegación del comercio y la industria; Sr. D'Angelo, director general de Comercio de Madrid; M. L'and, director general de Aduanas, señor Valdés; M. Havy, Sr. Ganecio, vicepresidente del Circolo Mercantil; M. Mayor, Sr. Padrós, M. Michand, Sr. Gómez Vallejo, presidente de la Cámara de Industria de Madrid; Sr. Pizarro, Sr. España, de la Cámara de Comercio de España en París; M. Chauvier, Sr. Cárdenas, y Vallejo, de la Cámara de Comercio de Madrid; M. Arvell, Sr. Escobar, vicepresidente del Circolo Mercantil; M. Parisi, Sr. Aragón, en representación del alcalde de Madrid; M. Dalubré, Sr. Estelat, de la Cámara de Industria de Madrid; señor Alonso, de la Cámara de Comercio de España en París, y Sr. Setuain, de la Cámara de Comercio de Madrid.

En las restantes seis mesas tomaron asiento el resto de los invitados, entre los que había varias señoras y señoritas francesas y españolas, que con su belleza y elegantes toilette daban más realce a la fiesta.

Servido el menú levantóse el Sr. Zurano para anunciar que el representante de la Delegación del comercio y la industria de Francia, M. Barbier, había sido agraciado con la cruz de Carlos III, siendo esta noticia acogida con grandes aplausos.

Después brindaron M. Corbellier, vicepresidente del Consejo municipal de París; Barbier, Gobillot, delegado del Circolo Republicano de París; Sr. D'Angelo, director general de Comercio, Industria y Trabajo, y el Sr. Zurano, haciéndolo los tres primeros en francés y los dos últimos en español.

Todos hicieron votos por una inteligencia cordial entre ambas naciones, que facilite y haga progresar los intereses comerciales de los dos países.

Estas manifestaciones fueron acogidas con grandes aplausos.

El banquete, estuvo amenizado por una orquesta, que tocó composiciones de autores españoles.

Minutos antes de las diez terminó el festín, marchando la mayoría de los comensales a la recepción de Palacio, oyendo antes, puestos en pie, La Marsellesa y la Marcha Real, dando luego entusiastas vivas a Francia y España y a sus respectivos jefes de Estado.

Visitas y paseos.

Esta mañana visitaron el Museo del Prado, acompañados del marqués de Palomares, el secretario de la Cámara de Comercio y el director del Museo, Sr. Villegas.

En las dos horas invirtieron en la visita, y lo que más llamó la atención, hasta el extremo de quedar verdaderamente extasiados en su contemplación, fuesen la sala de Velázquez y la colección Rivera y Murillo.

Desde el Museo dieron un largo paseo en coche por la población, haciendo grandes elogios de ella, sobre todo a admirar las bellezas del parque del Oeste y el paisaje que se domina desde el paseo de Rosales.

También visitaron la Armería Real, llamando la atención una escopeta regalada por Napoleón.

El banquete de la Cámara de Industria.

Esta noche, a las siete y media, se celebró en el Palace Hotel el banquete con que la Cámara de Industria de Madrid obsequia a las delegaciones comerciales e industriales de París.

El comedor del Palace estará elegantemente adornado.

Como ocurrió anoche en el banquete del Circolo Mercantil, no podrán asistir los ministros por celebrarse a la misma hora el banquete con que el conde de Romanones obsequia a M. Pichon y al general Liautay, pero estarán en su representación los subsecretarios y directores generales de varios departamentos.

El banquete de la Cámara de Comercio.

El banquete de la Cámara de Comercio, que estaba anunciado para mañana, jueves, a las siete y media de la noche, se celebrará el mismo día a las ocho y media, por tener los ministros que asistirán a él que despedir a S. M. el Rey y al presidente de la República, que salen a las ocho para Cartagena.

La Cámara de Comercio nos ruega que todos los invitados a su banquete tengan por rectificada la hora en esta forma.

VARIAS NOTICIAS

Elogios a las fuerzas de la guarnición.

Con motivo del brillante desfile de las tropas efectuado ayer ante el Palacio Real, el capitán general ha dictado la siguiente orden de la plaza:

«Capitán general de la primera región. Orden general del día 7 de Octubre de 1913, en Madrid.

Con militar nobleza y brillante alarde habéis contestado al requerimiento que os hizo en la adición a la orden general de ayer. Nuestro Soberano y jefe y el presidente de la República francesa envían sus plácemes y me ordenan lo mismo en el orden general de este día. Cumplo con ordenación honrosa esta hermosa obligación.

Esta pública noticiada que de tan alto viene es la más preciosa que debemos desear y la única que puede servir de satisfacción entera al deber cumplido, y vosotros, que tan elevado habéis puesto el nombre legendario de nuestro Ejército, varéis que si en estos momentos sentís toda la eco del estruendo de los aplausos de la gente que esta mañana enaltecían asilo al pensar que sois la salvaguarda de la vida de la familia española y la eficacia bienhechora de la prosperidad y la paz de la Nación.—D. Bazán.»

El Colegio de Abogados y Poincaré. M. Poincaré recibirá hoy, al regresar de Toledo, a la Comisión designada por el Colegio de Abogados de Madrid, que ha de hacerle entrega de un artístico pergamino.

Al frente de la Comisión irá D. Antonio Maura.

Banquete a MM. Pichon y Liautay. Esta tarde, a las siete y media, se verificará en el palacio de los condes de Romanones el banquete con que obsequian al general Liautay y a M. Pichon.

Se han sido además invitados monseñor Coiffay y señora M. Willet, conde de Montellano, Sr. Benedit, duque de Montellano, vicepresidente del Senado; Sr. Villanueva, presidente del Congreso; señores ministros de Estado, de Gracia y Justicia, de Hacienda, de la Gobernación, de la Guerra, de Fomento, de Instrucción pública, marqués de Vidaurruti, embajador de España en París; coronel Echagüe, ayudante de las órdenes del general Liautay, y el diplomático Sr. Ferraz.

El concierto de gala en el Real. El decorado de la sala del regío coliseo para la función de gala que se celebrará esta noche, a las diez, será de bello efecto.

Los palcos estarán adornados con tapices, y otros con guirnaldas rodearán también los arcos y columnas de los palcos.

El escenario estará también adornado con guirnaldas y magníficas plantas.

La fiesta consistirá en un concierto por la Orquesta Sinfónica de Madrid, bajo la dirección del maestro Arbó, con el concurso de los Sres. F. Bordas y Granados.

El programa será el siguiente: Primera parte.—«L'aprenti sorcier» (scherzo), Dukas.—«A mi tierra» (primera parte), Saint-Saens.—«Marche hongroise» de «La damnation de Faust», Berlioz.

Segunda parte.—«La profesión del Rodolfo» (pantomima), Turina.—«Quinto concierto» (en «A» mayor, para piano y orquesta), Saint-Saens; I. Allegro animato, II. Andante, III. Molto allegro (por el solista Sr. Granados).—«España», rapsodia, Chabrier.

Tercera parte.—«L'après midi d'un Faune» (preludio), Debussy.—«En la Alhambra» (serenata), Broton.—«Tango» (para violín y orquesta), Arbó (por el solista Sr. F. Bordas).—«El puerto», de la «suite Iberia»; «Catalonia» (cuadro humorístico), Albéniz.

La «garden-party» de mañana. A las tres y media de la tarde se celebrará mañana en el Parque de Madrid la anunciada garden party en honor del presidente de la República francesa.

M. Poincaré y los invitados de carácter oficial entrarán por la puerta de la plaza de la Independencia. Los demás invitados entrarán por la puerta de Hernán.

M. Poincaré visitará el Retiro, dirigiéndose después a la zona acotada del parque, donde será obsequiado con un luncheon.

La Orquesta sinfónica, dirigida por el maestro Arbó, ejecutará un selecto programa.

En este acto entregará el alcalde de Madrid al presidente de la República, como recuerdo de su visita a la corte, una magnífica copa de oro, estilo Renacimiento, con los escudos de Madrid y París, cincelados. La copa estará enmarcada en una soberbia caja estilo mudéjar.

Ayer ha entregado el jefe del Protocolo, Sr. Mollard, las condecoraciones designadas al séquito español agraciado a la persona del presidente de la República.

Por su parte, el jefe de la Sección de Ordenes del Ministerio de Estado y segundo introductor de embajadores, Sr. Heredia, entregó, en nombre de S. M. el Rey, análogas distinciones a las personas que forman el séquito presidencial.

Al general Liautay le ha sido concedida la gran cruz del Mérito Militar, con distintivo blanco; al conde de Let, la cruz de tercera clase de la misma Orden, y al capitán Benedit, de la primera clase.

Se ha concedido la gran cruz de la Legión de Honor al infante D. Alfonso, a los marqueses de Viana y Valtierra y a los ministros de Estado, Guerra, Marina y Gobernación.

Se nombra oficial de la Legión de Honor al introductor de embajadores señor conde de Pie de Concha.

Se ha concedido el gran collar de Carlos III a M. Mollard; el collar de la misma Orden, al embajador de Francia en España, M. Geoffroy.

Se concede la cruz del Mérito Naval a M. Martin.

Fiesta suspendida. El festival que en honor del alcalde y concejales de París había de celebrarse esta tarde en el Atilo de la Paloma se ha suspendido a causa del mal estado del pie por efecto de la lluvia.

Se verificará el domingo, a las once de la mañana.

El viaje a Cartagena. S. M. el Rey y M. Poincaré saldrán para Cartagena mañana, y el tren los dejará en el mismo embarcadero, tributándose los honores correspondientes a una compañía con bandera y música.

El ministro de Marina saldrá hoy por la noche, embarcando en el Carlos V; recibirá al Monarca y al presidente en el muelle, y acompañará a S. M. el Rey.

M. Poincaré visitará al Rey en dicho buque, y S. M. le devolverá la visita a los pocos momentos, quedándose a almorzar en el Diderot, que, como los demás buques franceses, estará fondeado fuera del puerto.

A las cuatro de la tarde zarpará la escuadra francesa con rumbo a Marsella, siendo escoltada hasta el límite de las aguas jurisdiccionales.

El día 11 regresará el Rey a Madrid, después de visitar los buques españoles.

Los acorazados franceses en Cartagena. Cartagena 8.—Han fondeado los acorazados franceses Danton, Diderot, Voltaire, Mirabeau y dos destroyers.

Los cuatro primeros se quedaron fuera del puerto.

biaron con las autoridades las visitas de rigor.

Los edificios preparan iluminaciones.—Corresponsal.

Lo que dice la prensa. París 8.—Los periódicos en sus comentarios se regocijan de la calorosa y entusiasta acogida de que ha sido objeto monseñor Poincaré por parte de la población madrileña.

La Feti Parisien declara que la fraternidad latina se expresó ayer con un ardor indecible.

Dice L'Aurore que la amistad franco-española ha quedado sellada por los brindis pronunciados, y agrega que los votos formulados por ambos jefes de Estado serán el preludio de cordiales relaciones provechosas para ambos pueblos, dejándoles en completa libertad de acción.

El Gil Blas hace constar que los brindis expresan cuán potente es la corriente de simpatía que uno dos pueblos hermanos se derrama por el valor y el espíritu, y que sus intereses consistentes impulsan a unirse en una entente amistosa y una colaboración íntima.

La Lanterne pide a Francia que tienda fraternalmente las manos a España latina; por libre de todo lazo que pueda contrariar en Europa los legítimos intereses de la República.

Le Gaulois se felicita de que los hombres de Estado y los periódicos no pronuncien una palabra de alianza, y dice: «Su prudencia les honra y atrae nuestra admiración».

Excelsior nota con júbilo el éxito de esta otra entente cordial de la República francesa, y hablando de la conclusión eventual de un Tratado de comercio, pide a ambas naciones que no avancen sino con prudencia, pues un ligero tropiezo puede comprometer y derribar el edificio laboriosamente edificado.—Mav.

Sea las mejores aguas alcalinas: Vichy-Epital (estómago), Vichy-Célestins (riñones), Vichy-Grande-Grille (hígado).

MARRUECOS

Telegrama oficial

El ferrocarril de Río Martín. Tángier 7 (a las 14).—Comandante en jefe a ministro de Guerra.

Ferrocarril de Río Martín está a punto de terminarse, llegando al pie de la montaña que se asienta Tetuán. Ya se ha efectuado algunos viajes con material de Ingenieros; pero falta balastar el último trozo para asegurar el servicio completo.

Recomensas. El general Luque, que, padeciendo un fuerte catarro y encontrándose completamente agotado, viene haciendo un verdadero esfuerzo en estos días para atender personalmente los deberes de su cargo, ha manifestado respecto de las propuestas de recompensas a jefes y oficiales por la primera etapa de la campaña de Marruecos, ó sea hasta el día 24 de Junio pasado, lo siguiente:

«No quiero—añadió el general Luque—que se vea contradicción en la concesión de estas recompensas y lo dicho por el conde de Romanones a los periodistas, por acuerdo propio del Consejo de Ministros, como tampoco la hay con las instrucciones que yo dié, porque estas instrucciones se publicaron con fecha 23 de Junio, y desde el día 24 de Junio, pero para lo sucesivo registraré las instrucciones dictadas por mí, y se dará por primera vez el caso en España de que para seis combates haya una sola recompensa.»

«Mientras el Rey, la futura Reina y los convidados están en la iglesia, el bastardo (Dagoberto) y el noble mal encarado conspiran ante la vista del público, y así nos enteramos de que la futura Reina antes de entrar en el claustro tuvo que ver, aunque sin consentimiento de su virginal pureza (circunstancia atenuante para Dagoberto, que se ha escapado a la perspicacia del autor), con el propio bastardo.»

«Estamos, pues, en presencia de una nueva publicación, y ya en este momento—y no he de olvidar—ya a la mitad del primer acto—tenemos motivos más que suficientes para tener los pelos de punta. ¡Ahí se ve: un Rey loco, un príncipe bastardo parricida, fratricida y seductor de doncellas, una pareja de conspiradoras, una Reina que está para perecer, y otras atrocidades de menor cuantía!»

«Por si todo eso era poco, surge un nuevo personaje: el monje Ervigio, confesor de la joven exclaustrada, y que no es precisamente un Jiménez de los generosos, sino un buen señor absolutamente indomable para la locura, si es verdad que ningún tono se vuelve loco. A este monje le han nombrado consejero de S. M., en unión con el bastardo y con el noble mal encarado; ¡y aun habrá quien fije en asambleas de próceres para designar Consejos de la Corona!»

«Como no es cosa de contrariar a un loco, y menos a un loco que es Rey, y por añadidura Rey medio loco—porque es de advertir que estamos en plena Edad Media, lo que nos da la dulce esperanza de que tales cosas no hayan acaecido nunca—los cortesanos se retiran, y hétenos presenciando la primera entrevista a solas del Rey con su legítima esposa. Por fortuna, el Rey está completamente loco y no ocurre lo que era de temer: hace el hombre unas cuantas tonterías, y por fin decide estrañar a su señora, por lo visto, en aquella regular familia el parricidio era, si no hereditario, por lo menos constitucional.»

«Pero mujer prevenida vale por dos, y la señora, no obstante haber ido directamente desde el claustro al tálamo, lleva, no sabemos si en la liga, su buen puñal, y se deñando, tratando de curar al Rey de una vez, y para siempre mediante una puñalada, que, por fortuna para el Monarca, no produce el efecto deseado. Produce otro: el de demostrar que es exacto el refrán torpescueto que dice «El loco por la pena es cuerdo»; porque el Rey, apenas herido suelta su presa y se retira a sus habitaciones particulares, lanzando de paso unas cuantas carenciadas históricas, que no dejan la memoria de acuerdo con su estado mental.»

«He aquí un caso en que no estarían disformes los peritos médicos. Queda sola la Reina—que por cierto se llama Egla, con lo cual cada vez que la nombran parece que anuncian una pasta para el calzado—y pero la soledad dura poco: el bastardo, por tener todos los vicios feos tiene también el de escuchar detrás de las puertas, y entra inmediatamente y se encierra en amores a su reciente cuñada. Ella se indigna, y decidida a todo, tira su puñal y penetra en la cámara, donde el Rey continúa lanzando carenciadas. En este momento cae el telón, piadosamente ha terminado el primer acto.»

«Pero no hay bien que cien años dure: poco después comienza el segundo. En él el Rey, muy mejorado de su dolencia, milagro sea que la idea del Sr. Jiménez no sirva para que alguien explote un estrepitoso.

«Porque todas estas cosas y, ¡ay!, algunas más del mismo estilo ocurren, ó nos las cuentan, en el drama del Sr. Guimerá estrenado anoche en el Circo. La muerte del padre no la vimos, afortunadamente. Al zarpase el telón para el primer acto ya estaba el hombre enterrado muy enterrado; pero la locura del hijo nos fué ofrecida; y el verdador, sin privarnos de la historia patognomónica de la locura teatral. Se abrió el telón, pues, y nos enteramos de que el Rey estaba en tan lamentable estado y de que uno de sus médicos, «el mal viejo», dice uno de los personajes de la Corte, para que veamos que también el Sr. Guimerá sabe hacer doleros, le ha reestado como remedio para su locura el amor. Las gentes de la Corte, tomando el rabano por las hojas, entienden que amor y matrimonio son cosas sinónimas, y deciden casar al Rey. Pero quién es el guapo, ó, mejor dicho, quién es la guapa que se presta al sacrificio? El Rey, en efecto, es un hombre terrible, que a las primeras de cambio estrañgula a un cortesano con la mayor tranquilidad y el matrimonio con un hombre así no es una fiesta muy divertida.»

«Afortunadamente Dios aprueba, pero no premia, el cooper infiel a cuyo cargo estuvo la administración del tósigo ha muerto, y ha muerto arrojado, y como tenía una hija, que, como D. Inés, estaba para profesar, antes de no ir la llamo y la encomendé a mi hijo, explotaria y terapéutica a la vez, de así le devolví la razón la misma familia que se la quitó y de este modo todo se queda en casa.»

«El drama del Sr. Guimerá no es, pues, una de esas comedias vulgares que terminan en boda: la boda la tiene al comenzar, y si esto no es romper moldes venga Dios y véalo.»

«Mientras el Rey, la futura Reina y los convidados están en la iglesia, el bastardo (Dagoberto) y el noble mal encarado conspiran ante la vista del público, y así nos enteramos de que la futura Reina antes de entrar en el claustro tuvo que ver, aunque sin consentimiento de su virginal pureza (circunstancia atenuante para Dagoberto, que se ha escapado a la perspicacia del autor), con el propio bastardo.»

«Estamos, pues, en presencia de una nueva publicación, y ya en este momento—y no he de olvidar—ya a la mitad del primer acto—tenemos motivos más que suficientes para tener los pelos de punta. ¡Ahí se ve: un Rey loco, un príncipe bastardo parricida, fratricida y seductor de doncellas, una pareja de conspiradoras, una Reina que está para perecer, y otras atrocidades de menor cuantía!»

«Por si todo eso era poco, surge un nuevo personaje: el monje Ervigio, confesor de la joven exclaustrada, y que no es precisamente un Jiménez de los generosos, sino un buen señor absolutamente indomable para la locura, si es verdad que ningún tono se vuelve loco. A este monje le han nombrado consejero de S. M., en unión con el bastardo y con el noble mal encarado; ¡y aun habrá quien fije en asambleas de próceres para designar Consejos de la Corona!»

«Como no es cosa de contrariar a un loco, y menos a un loco que es Rey, y por añadidura Rey medio loco—porque es de advertir que estamos en plena Edad Media, lo que nos da la dulce esperanza de que tales cosas no hayan acaecido nunca—los cortesanos se retiran, y hétenos presenciando la primera entrevista a solas del Rey con su legítima esposa. Por fortuna, el Rey está completamente loco y no ocurre lo que era de temer: hace el hombre unas cuantas tonterías, y por fin decide estrañar a su señora, por lo visto, en aquella regular familia el parricidio era, si no hereditario, por lo menos constitucional.»

«Pero mujer prevenida vale por dos, y la señora, no obstante haber ido directamente desde el claustro al tálamo, lleva, no sabemos si en la liga, su buen puñal, y se deñando, tratando de curar al Rey de una vez, y para siempre mediante una puñalada, que, por fortuna para el Monarca, no produce el efecto deseado. Produce otro: el de demostrar que es exacto el refrán torpescueto que dice «El loco por la pena es cuerdo»; porque el Rey, apenas herido suelta su presa y se retira a sus habitaciones particulares, lanzando de paso unas cuantas carenciadas históricas, que no dejan la memoria de acuerdo con su estado mental.»

«He aquí un caso en que no estarían disformes los peritos médicos. Queda sola la Reina—que por cierto se llama Egla, con lo cual cada vez que la nombran parece que anuncian una pasta para el calzado—y pero la soledad dura poco: el bastardo, por tener todos los vicios feos tiene también el de escuchar detrás de las puertas, y entra inmediatamente y se encierra en amores a su reciente cuñada. Ella se indigna, y decidida a todo, tira su puñal y penetra en la cámara, donde el Rey continúa lanzando carenciadas. En este momento cae el telón, piadosamente ha terminado el primer acto.»

«Pero no hay bien que cien años dure: poco después comienza el segundo. En él el Rey, muy mejorado de su dolencia, milagro sea que la idea del Sr. Jiménez no sirva para que alguien explote un estrepitoso.

«Porque todas estas cosas y, ¡ay!, algunas más del mismo estilo ocurren, ó nos las cuentan, en el drama del Sr. Guimerá estrenado anoche en el Circo. La muerte del padre no la vimos, afortunadamente. Al zarpase el telón para el primer acto ya estaba el hombre enterrado muy enterrado; pero la locura del hijo nos fué ofrecida; y el verdador, sin privarnos de la historia patognomónica de la locura teatral. Se abrió el telón, pues, y nos enteramos de que el Rey estaba en tan lamentable estado y de que uno de sus médicos, «el mal viejo», dice uno de los personajes de la Corte, para que veamos que también el Sr. Guimerá sabe hacer doleros, le ha reestado como remedio para su locura el amor. Las gentes de la Corte, tomando el rabano por las hojas, entienden que amor y matrimonio son cosas sinónimas, y deciden casar al Rey. Pero quién es el guapo, ó, mejor dicho, quién es la guapa que se presta al sacrificio? El Rey, en efecto, es un hombre terrible, que a las primeras de cambio estrañgula a un cortesano con la mayor tranquilidad y el matrimonio con un hombre así no es una fiesta muy divertida.»

«Afortunadamente Dios aprueba, pero no premia, el cooper infiel a cuyo cargo estuvo la administración del tósigo ha muerto, y ha muerto arrojado, y como tenía una hija, que, como D. Inés, estaba para profesar, antes de no ir la llamo y la encomendé a mi hijo, explotaria y terapéutica a la vez, de así le devolví la razón la misma familia que se la quitó y de este modo todo se queda en casa.»

«El drama del Sr. Guimerá no es, pues, una de esas comedias vulgares que terminan en boda: la boda la tiene al comenzar, y si esto no es romper moldes venga Dios y véalo.»

LOS ESTRENOS

ALMA MUERTA

Pues señor... este era un Rey que tenía dos hijos, uno como Dios manda, perfecta y absolutamente legítimo y otra completa y definitivamente bastarda, de la más indiscutible bastarda, por dentro y por fuera, en cuerpo y alma, desde la punta de los pelos hasta la punta de los pies.

A este bastardo no podía ocurrírsele cosa buena, y, en efecto, un día se le ocurrió enojar a su buen padre y a su distinguido hermano; y... pensando y hecho: se puso de acuerdo con un nob e bastante mal encarado y con el cooper mayor, que a juzgar por el traje y el oficio debía ser una especie de Rey de copas, y un día, en un festín, el padre y el hijo elegidos como víctimas recibieron el flicazo. Para el padre aquello fué definitivo, aunque mientras se retorcia por el suyo, lo quedó tiempo para decir al bastardo unas cuantas linduras, y así para estrañar al rostro en el momento de más indignación; para el hijo el veneno no fué tan compasivo: no le produjo la muerte definitiva y completa, sino una modesta aproximación: le volvió loco. ¡Todo sea por Dios y éi nos tome en cuenta lo que esa locura nos hizo sufrir anoche en Price, donde estábamos ido en busca de un rato de honesto sosiego».

Porque todas estas cosas y, ¡ay!, algunas más del mismo estilo ocurren, ó nos las cuentan, en el drama del Sr. Guimerá estrenado anoche en el Circo. La muerte del padre no la vimos, afortunadamente. Al zarpase el telón para el primer acto ya estaba el hombre enterrado muy enterrado; pero la locura del hijo nos fué ofrecida; y el verdador, sin privarnos de la historia patognomónica de la locura teatral. Se abrió el telón, pues, y nos enteramos de que el Rey estaba en tan lamentable estado y de que uno de sus médicos, «el mal viejo», dice uno de los personajes de la Corte, para que veamos que también el Sr. Guimerá sabe hacer doleros, le ha reestado como remedio para su locura el amor. Las gentes de la Corte, tomando el rabano por las hojas, entienden que amor y matrimonio son cosas sinónimas, y deciden casar al Rey. Pero quién es el guapo, ó, mejor dicho, quién es la guapa que se presta al sacrificio? El Rey, en efecto, es un hombre terrible, que a las primeras de cambio estrañgula a un cortesano con la mayor tranquilidad y el matrimonio con un hombre así no es una fiesta muy divertida.»

«Afortunadamente Dios aprueba, pero no premia, el cooper infiel a cuyo cargo estuvo la administración del tósigo ha muerto, y ha muerto arrojado, y como tenía una hija, que, como D. Inés, estaba para profesar, antes de no ir la llamo y la encomendé a mi hijo, explotaria y terapéutica a la vez, de así le devolví la razón la misma familia que se la quitó y de este modo todo se queda en casa.»

«Mientras el Rey, la futura Reina y los convidados están en la iglesia, el bastardo (Dagoberto) y el noble mal encarado conspiran ante la vista del público, y así nos enteramos de que la futura Reina antes de entrar en el claustro tuvo que ver, aunque sin consentimiento de su virginal pureza (circunstancia atenuante para Dagoberto, que se ha escapado a la perspicacia del autor), con el propio bastardo.»

«Estamos, pues, en presencia de una nueva publicación, y ya en este momento—y no he de olvidar—ya a la mitad del primer acto—tenemos motivos más que suficientes para tener los pelos de punta. ¡Ahí se ve: un Rey loco, un príncipe bastardo parricida, fratricida y seductor de doncellas, una pareja de conspiradoras, una Reina que está para perecer, y otras atrocidades de menor cuantía!»

«Por si todo eso era poco, surge un nuevo personaje: el monje Ervigio, confesor de la joven exclaustrada, y que no es precisamente un Jiménez de los generosos, sino un buen señor absolutamente indomable para la locura, si es verdad que ningún tono se vuelve loco. A este monje le han nombrado consejero de S. M., en unión con el bastardo y con el noble mal encarado; ¡y aun habrá quien fije en asambleas de próceres para designar Consejos de la Corona!»

«Como no es cosa de contrariar a un loco, y menos a un loco que es Rey, y por añadidura Rey medio loco—porque es de advertir que estamos en plena Edad Media, lo que nos da la dulce esperanza de que tales cosas no hayan acaecido nunca—los cortesanos se retiran, y hétenos presenciando la primera entrevista a solas del Rey con su legítima esposa. Por fortuna, el Rey está completamente loco y no ocurre lo que era de temer: hace el hombre unas cuantas tonterías, y por fin decide estrañar a su señora, por lo visto, en aquella regular familia el parricidio era, si no hereditario, por lo menos constitucional.»

«Pero mujer prevenida vale por dos, y la señora, no obstante haber ido directamente desde el claustro al tálamo, lleva, no sabemos si en la liga, su buen puñal, y se deñando, tratando de curar al Rey de una vez, y para siempre mediante una puñalada, que, por fortuna para el Monarca, no produce el efecto deseado. Produce otro: el de demostrar que es exacto el refrán torpescueto que dice «El loco por la pena es cuerdo»; porque el Rey, apenas herido suelta su presa y se retira a sus habitaciones particulares, lanzando de paso unas cuantas carenciadas históricas, que no dejan la memoria de acuerdo con su estado mental.»

«He aquí un caso en que no estarían disformes los peritos médicos. Queda sola la Reina—que por cierto se llama Egla, con lo cual cada vez que la nombran parece que anuncian una pasta para el calzado—y pero la soledad dura poco: el bastardo, por tener todos los vicios feos tiene también el de escuchar detrás de las puertas, y entra inmediatamente y se encierra en amores a su reciente cuñada. Ella se indigna, y decidida a todo, tira su puñal y penetra en la cámara, donde el Rey continúa lanzando carenciadas. En este momento cae el telón, piadosamente ha terminado el primer acto.»

«Pero no hay bien que cien años dure: poco después comienza el segundo. En él el Rey, muy mejorado de su dolencia, milagro sea que la idea del Sr. Jiménez no sirva para que alguien explote un estrepitoso.

«Porque todas estas cosas y, ¡ay!, algunas más del mismo estilo ocurren, ó nos las cuentan, en el drama del Sr. Guimerá estrenado anoche en el Circo. La muerte del padre no la vimos, afortunadamente. Al zarpase el telón para el primer acto ya estaba el hombre enterrado muy enterrado; pero la locura del hijo nos fué ofrecida; y el verdador, sin privarnos de la historia patognomónica de la locura teatral. Se abrió el telón, pues, y nos enteramos de que el Rey estaba en tan lamentable estado y de que uno de sus médicos, «el mal viejo», dice uno de los personajes de la Corte, para que veamos que también el Sr. Guimerá sabe hacer doleros, le ha reestado como remedio para su locura el amor. Las gentes de la Corte, tomando el rabano por las hojas, entienden que amor y matrimonio son cosas sinónimas, y deciden casar al Rey. Pero quién es el guapo, ó, mejor dicho, quién es la guapa que se presta al sacrificio? El Rey, en efecto, es un hombre terrible, que a las primeras de cambio estrañgula a un cortesano con la mayor tranquilidad y el matrimonio con un hombre así no es una fiesta muy divertida.»

«Afortunadamente Dios aprueba, pero no premia, el cooper infiel a cuyo cargo estuvo la administración del tósigo ha muerto, y ha muerto arrojado, y como tenía una hija, que, como D. Inés, estaba para profesar, antes de no ir la llamo y la encomendé a mi hijo, explotaria y terapéutica a la vez, de así le devolví la razón la misma familia que se la quitó y de este modo todo se queda en casa.»

«Mientras el Rey, la futura Reina y los convidados están en la iglesia, el bastardo (Dagoberto) y el noble mal encarado conspiran ante la vista del público, y así nos enteramos de que la futura Reina antes de entrar en el claustro tuvo que ver, aunque sin consentimiento de su virginal pureza (circunstancia atenuante para Dagoberto, que se ha escapado a la perspicacia del autor), con el propio bastardo.»

«Estamos, pues, en presencia de una nueva publicación, y ya en este momento—y no he de olvidar—ya a la mitad del primer acto—tenemos motivos más que suficientes para tener los pelos de punta. ¡Ahí se ve: un Rey loco, un príncipe bastardo parricida, fratricida y seductor de doncellas, una pareja de conspiradoras, una Reina que está para perecer, y otras atrocidades de menor cuantía!»

